

Pier Paolo Pasolini

EMPUÑANDO EL GESTO

Tres libros con sus ensayos recuerdan la trayectoria del imprescindible Pasolini.

JUAN VERA

La expulsión de los mercaderes en *El Evangelio según San Mateo* de Pasolini es una escena que condensa a la perfección el pathos con que vivió su autor. Desde el umbral del Templo, Cristo ve, ipso facto, el ultraje que para lo sagrado suponen los puestos de los comerciantes haciendo negocio. En ese instante, el hijo de David no piensa qué debe hacer. Con brusquedad, furor y violencia, arroja por tierra las mercancías para espanto de los fariseos. Se trata de un gesto que no necesita del tiempo de la contemplación, de la reflexión, de la respuesta mesurada..., sino que aúna pensamiento y acción en un todo coherente de inmediato. Cohibirse, mantener la distancia, perdonar la avaricia a los pecadores, hubiese sido –en aquella situación trasunto de otras, idénticas en lo esencial, que pasaban y siguen pasando cotidianamente– la reacción de un intelectual desapasionado, “una maniobra culpable para tranquilizar la propia conciencia y seguir adelante”.

En el caso de Pasolini, el poeta “atormentado”, “eterno muchachito” “antiilustrado” “con aspiraciones de absoluto” que vive en un constante “estado de emergencia” porque sabe que no queda mucho tiempo y la situación es grave, gravísima, medir el gesto era ir contra natura. En cambio, “la rabia, el rechazo, la denuncia desesperada”, fueron para él la respuesta al imperativo de una carga vital –de amor– extrema. “Amo la vida tan ferozmente, tan desesperadamente que no puede venirme bien”. Una carga que le conduciría a interpretar anticipadamente el estado en que estaban precipitándose las cosas como un brutal atentado. Atentado que ocasionaba, delante mismo de sus ojos, ese “definitivo cambio antropológico” que, aunque entonces casi nadie más pudiera siquiera apreciarlo –no olvidemos que la suya era la sensibilidad a flor de piel de un poeta–, hoy nos resulta de una evidencia escandalosa. Un “cambio antropológico” no ya sólo de su Italia querida, sino de un occidente que dejaba atrás una postguerra cuya esperanzadora reconstrucción hacia “un mundo [más] comprensible, humano, fraterno” se hacía pedazos irreversiblemen-

te. La sociedad postindustrial y pretecnológica asimilaba a un ritmo frenético lo que apenas unos años después fue dado en llamarse “neoliberalismo del capital”. La Revolución caía en el olvido. La izquierda se estancaba, dogmática y reaccionaria. El dinero era el nuevo Dios. La burguesía, el grupo dominante de pertenencia. Eran los años cincuenta y sesenta.

La batalla perdida

En el lustro que aún vivió de la década del setenta, Pasolini comprendió, aún sin tirar la toalla, que la batalla, no sólo la suya personal, sino aquella de la gente humilde de la cual se sentía al mismo tiempo visionario y portavoz, estaba perdida. Perdida cierta tradición según la cual pudiera vivirse bajo el “sentimiento de lo sagrado”, poseerse una “belleza moral” como guía, reconocerse aún “la poética de las cosas”, esa conciencia del misterio que emana de la materia con que está hecho el mundo y también de las relaciones entre éste y los hombres que lo tocan y transforman.

Como un Ulises sin posibilidad de retorno, Pasolini se consumía en desconsuelo –sublimaba las lágrimas en urgencia, trabajo, amor y violentas palabras–. Porque presentía un futuro sombrío, trataba en vano de retener las luces de un mundo que pasaba sin dejar huellas para poder, siquiera hipotéticamente, remontarlo. No sólo podía ver cómo hacía aguas la promesa del marxismo, sino que también podía atisbar su resolución en lo contrario. Por tanto había entendido que “el mundo no mejora nunca [pero que] en cambio puede empeorar. Ésta es la razón –seguía– por la que hay que luchar continuamente”. Pero en aquella veintena de años, ¿quiénes más podían ver el precipicio?, y si lo veían, ¿a quiénes más importaba?

El silencio de sus coetáneos le “indignaba” hasta el punto de dejar de escribir por “no encontrar destinatario”. A su alrededor su inteligencia atormentada, su ira, su azorado polemismo, se entendían como la provocación de un narcisismo desmesurado que según cierta inclinación “épico-religiosa” perseguía “construir una leyenda de sí mismo, vivida y



propagada como un reto, siempre en la punta de la espada”.

Algo de todo esto era cierto, pero no estaba la situación para ligerezas. Esa ligereza que tarde y de la mano de su amiga Elsa Morante aprendió a amar pero que no podría poner en práctica “porque este mal profundo que se espía con la ligereza, que vence al dolor con la ligereza [y] quizá sea más santo que la santidad canónica” era superior a él, a su carácter forjado a través de situaciones vitales determinantes: su origen friulano, el autoritarismo paterno frente a la bondad materna, su formación hermética, la muerte de su hermano Guido a manos de partisanos comunistas, “la excepcionalidad de su eros” y, más adelante, la arbitrariedad con que se le juzgó públicamente y que no pocas veces le conduciría al borde de la prisión.

“No sé si sabréis –escribiría en una carta abierta publicada en *Vie Nuove* con motivo del juicio por los “sucesos del Circeo”– cuáles son los sentimientos de quien, siendo inocente, es acusado, peor aún, condenado. [...] Una sensación de rebelión, de repugnancia, de exasperación que no tiene equivalentes; algo que no se puede expresar si no es con un grito bestial, con una furia epiléptica. Al volver la otra tarde [...] sentía dentro de mí esta furia. Dominados claro y reorganizados enseguida, como es mi costumbre, en pensamiento, en esfuerzo por comprender, en amor, en suma”.

Como un Ulises sin posibilidad de retorno, Pasolini se consumía en el desconsuelo

La resistencia

Muy poco después de aquellos sucesos sentiría la necesidad imperiosa de filmar su *Evangelio*. “La figura de Cristo [tendría] la misma violencia de una resistencia: algo que [debía contradecir] radicalmente la forma en que se est[aba] configurando la vida del hombre moderno”.

En su película, después de que el Nazareno arroje por tierra las mercancías que con vileza disponían los usureros en el Templo sagrado, la horda de niños que le seguía desde su llegada a Jerusalén, entra espontáneamente al lugar sagrado agitando pequeñas ramas que han cogido de los arbustos silvestres que crecen en el camino al alcance de sus manos. La ira-

cundia es ahora paz. Cristo sonríe. Ama. En los rostros de las criaturas está viendo la inocencia, la gracia, la mansedumbre manifestándose como “evidencia”. Aquellos rostros eran y son los rostros de quienes estando a merced de otro, sin esperar nada, comprenden –y ahí reside su valor– que no saben más de lo que saben. Pero esto no pueden apreciarlo quienes pretenden saber más de lo que saben y sobre esta pretensión han construido su autoridad mundana. Los sabihondos, los fariseos, toman la palabra para hostigar al hombre con inquisiciones en cuyo enunciado puede sentirse la hipocresía y la mezquindad. Un enunciado que no ha indagado sobre las fuentes de sentido de las que bebe y, por consiguiente, lo traiciona.

Entonces Pasolini-Cristo contesta. Contesta porque está viendo lo que podría ser frente a lo que es. Contesta, no sólo en el film, sino en cada uno de sus textos, ya sean poéticos, teatrales, filmicos, ensayísticos, epistolares, periodísticos... Toda la producción de Pasolini es contestataria. Es la respuesta de un poeta hostigado por quienes hacen de la realidad un enunciado vacío. El lector-espectador siente que toda la producción pasoliniana “[encierra] una especie de rabia destructiva, de desánimo, que se convierte en pasión de demoler ciertas ideas fijas y clichés [...] e incluso una verdadera abjuración. Pero esta abjuración debe leerse como se lee poesía [...]. El “tono” de esta abjuración es poé-



tico y no real, y [...] sugiere términos excesivamente cargados de rencor y nuevas esperanzas”.

Así, la lectura de los textos recientemente editados en castellano en *Demasiada libertad sexual os convertirá en terroristas* por Errata-naturae y *Nebulosa* por Gallonero, o aquellos otros recogidos por Trotta hace unos años en *Cartas luteranas*, no pueden ser leídos sin tenerse en cuenta esta premisa. No son sólo artículos polémicos que escribiera Pasolini para la prensa de su tiempo, sino fundamentalmente textos en tono polémico-poéticos donde, a modo de acción, sigue dando cuenta de su sentir.

De estos textos resulta especialmente llamativa su contundente actualidad, como si a pesar de los cuarenta o cincuenta años transcurridos y del empeño que algunos ponen en ello, el mundo de hoy no fuese más nuevo ni mejor que el de entonces, sino un mundo en el que “es más difícil encontrar el modo de ser feliz”. Tras su lectura, no es difícil darse cuenta de que seguimos dirigidos por el mismo sinsentido, hostigados por los mismos fariseos que dicen estar cuidando del Templo, olvidados –todos– del aspecto sagrado de estar vivos. El “genocidio cultural” es hoy también “genocidio físico”; el “cambio antropológico”, irreversible; la deshumanización y el fratricidio, el pan nuestro de cada día; la codicia, la hipocresía, el hedonismo, el convencionalismo, la vulgaridad y la inercia son las damas

Tras su lectura, no es difícil darse cuenta de que seguimos dirigidos por el mismo sinsentido

de honor; la tecnología, la gran “excavadora” de la tradición.

En agosto de 1975, apenas unos meses antes de ser asesinado, Pasolini publicó en *Il Corriere della Sera* un artículo donde exponía las razones por las que era necesario abrir un proceso a los “responsables de la situación”. El párrafo con que daba comienzo a aquel artículo, y que me permito transcribir en su totalidad (tenga en cuenta el lector su vigencia sustituyendo topónimos y gentilicios), dice así: “Pues bien: desprecio por los ciudadanos; defraudación de fondos públicos; cohecho con las gentes del petróleo, con los industriales, con los banqueros; connivencia con la mafia; alta traición en favor de una poten-

cia extranjera; colaboración con la CIA; uso ilegal de entes como el SID [el equivalente al español CNI]; responsabilidad por los atentados de Milán, Brescia y Bolonia (al menos por su culpable incapacidad para castigar a los ejecutores); destrucción paisajística y urbanística de Italia; responsabilidad por la degradación antropológica de los italianos (responsabilidad, ésta, agravada por su total inconsciencia); responsabilidad por la espantosa situación, como suele decirse, de las escuelas, los hospitales y de toda obra pública básica; responsabilidad por el abandono “salvaje” del campo; responsabilidad por la explosión “salvaje” de la cultura de masas y de los *mass media*; responsabilidad por la estupidez delictiva de la televisión; responsabilidad por la decadencia de la Iglesia; y, por último, además de todo lo anterior, quizá, reparto borbónico de cargos públicos aduladores”. [Comillas en el original].

Si esto fue escrito en 1975 por uno de los intelectuales y poetas más apasionadamente lúcidos de su tiempo, me pregunto qué podemos decir y, al decir, esperar hoy. El espíritu del tiempo parece inexorable. Pero, como decía Pasolini, porque el mundo siempre puede ir a peor, no hay que dejar de luchar. No se trata aquí de la lucha que empuña las armas, sino de la lucha que empuña el gesto de hacer con amor, esto es, incondicionalmente fraterno, como la única arma de revolución posible. //

UNOS~ NINOS EN EL FOCO DE LA CONTRACULTURA

Las memorias de Patti Smith narran su relación con el fotógrafo Robert Maplethorpe.

EDUARDO NABAL

Nacida en un barrio pobre, inquieta y lectora voraz, Patti Smith no sólo ha demostrado ser una de las rockeras más emblemáticas de una época, sino también una gran escritora. Y no sólo de sus letras, que cantaba con voz desgarrada, sino también una creadora de una prosa límpida y sincera, mirando hacia atrás con ira, pero también un inmenso amor y comprensión. *Éramos unos niños*, su libro de memorias más extenso, narra de forma original su relación con el célebre fotógrafo Robert Maplethorpe. Smith fue casi el único nombre femenino destacado e independiente de la llamada Generación Beat, a la que pertenecen Ginsberg (*Aullido*), Burroughs (*El almuerzo desnudo*), etc. Ambos libros fueron objeto de juicio por obscenidad, una palabra que se utilizó luego para definir la obra fotográfica de Maplethorpe en sus gráficas escenas de sexo sadomasoquista. El accidentado periplo vital del fotógrafo y Patti Smith (juntos y por separado) está bien documentado en las páginas de este libro, que es también un canto a la belleza y el reflejo de una época, además del relato intenso de una larga relación de amistad y compañerismo.

Aunque ahora se la considere una leyenda viva, su trayectoria estuvo marcada por dificultades económicas, problemas serios con la droga, pero también por un sentido de la autenticidad y el compromiso nada comunes. Su relación con el famoso fotógrafo –que pasó de una posición recatada a fotógrafo gay provocador– está narrada con cariño y sensibilidad. La autora de *Tejiendo sueños* consigue un retrato social variopinto y dos psicologías complejas. Retrata los sesenta

como una época en que creían que podían cambiar estructuras, pero en la que la violencia de la derecha institucional se impuso. Smith y Maplethorpe intentaron vivir al margen, pero se implicaron en luchas como la batalla social contra la guerra de Vietnam o la ruptura de modelos artísticos canónicos. Una relación cercana a la ayuda mutua ante situaciones adversas en las que ambos conocían los puntos fuertes y débiles del otro y su relación, muchas veces conflictiva, con la sociedad de su tiempo. Se consideraban excluidos, pero nunca perdieron la curiosidad y el amor por las artes.

Éramos unos niños nos traslada la voz de una escritora testigo de amor, dolor, rabia, pero con una increíble capacidad de lucha y seducción. Smith se define a sí misma como “una chica mala que intentaba ser buena” y a Maplethorpe “como un chico bueno que intentaba ser malo”. A pesar de los cambios de los sesenta, ni al uno ni a la otra les resultó fácil vivir dentro de unos patrones de género todavía muy marcados. La pareja creció en medio de la pobreza, la inseguridad y los trabajos precarios antes de ser internacionalmente conocidos en el mundo de la música o la fotografía. Aunque la historia ha dado muchas vueltas, es un gozo oír la voz desgarrada de esta mujer única, que con sus condicionamientos socioeconómicos, patriarcales y su situación de precariedad logró ser una artista comprometida con su época. Smith es una de esas viejas rockeras que se han adentrado con éxito en el terreno de la autobiografía o el relato intimista y que no ha abandonado los escenarios para cantar al pasado sin dejar de mirar al futuro. //